



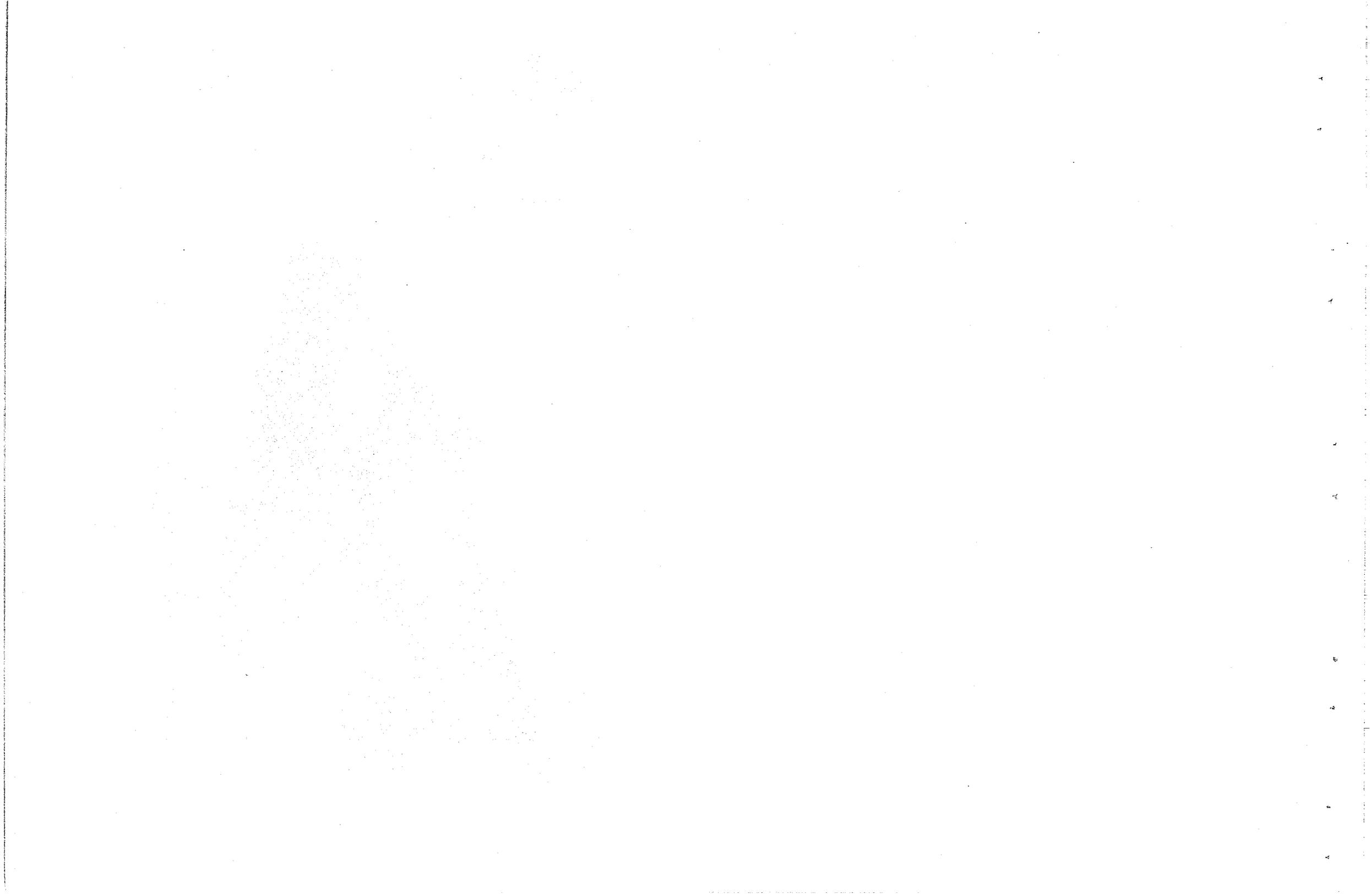
EL BARCO DE VAPOR

Víctor Carvajal  
Chipana



8ª EDICIÓN

sm



# 1 EL VALLECITO VERDE

Colección dirigida por:  
Isabel Cano

Ilustración:  
María Luisa Torcida

© Víctor Carvajal 1988  
Ediciones SM

Octava edición, junio de 1996,  
5.000 ejemplares

Comercializa:  
Ediciones SM Chile S.A.  
General Salvo 68. Fono 235 12 24  
Santiago

I.S.B.N. 956-264-010-7  
Inscripción 76.726  
Impreso en Chile / Printed in Chile

Impresor: Salesianos S.A.  
Bulnes 19, Stgo. Chile.

*No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.*

*E*L Vallecito Verde está rodeado de cerros muy altos y es una de las regiones más cristalinas del planeta. El cielo está al alcance de todos: las estrellas se podrían tocar con la punta de los dedos. Es lo que hace el niño Chipana cuando, de bruces junto a la ribera del río, observa las estrellas repetidas sobre las aguas y las sacude con la mano. Esto puede

hacerlo Chipana solamente en el río Claro, porque en el río Turbio no hay ninguna estrella que se refleje, pues sus aguas son muy oscuras.

Hace mucho tiempo, los cerros se peleaban entre ellos, lanzándose pedradas. Eran verdaderos volcanes en erupción que definían quién sería el más poderoso del año. Se arrojaban fuego, lava y lodo por los boquerones de sus picos nevados; los proyectiles encendidos iban a caer a las aguas de los ríos. Así quiso la suerte que uno de estos ríos recibiera más piedras que el otro, y sus aguas se enturbiaran tanto que los asustados habitantes del vallecito lo bautizaron como el río Turbio.

El Vallecito Verde permite que los hombres lleguen a viejos y que las mu-

jerres vean crecer a sus nietos. Los habitantes del valle son gente sencilla. Son familias que se reúnen para las grandes fiestas; hacen comentarios alegres en torno a las comidas y también, de cuando en cuando, alguna desgracia los entristece. Son solidarios y bondadosos; tienen buen corazón porque caminan muy despacio y llegan siempre a donde van. Su vida transcurre sin sobresaltos, sin miedos. Ninguno de ellos grita de rabia, ninguno de ellos vocifera ofendido.

Después del trabajo, los hombres se reúnen a jugar al dominó en casa de Chipana, o de Salvatierra, o de Berna, o de Ayaviri. Allí se comentan los principales hechos acaecidos en el pueblo.

Los chicos juegan en las laderas,

junto a los ríos, en la única calle del caserío. La única calle o camino tiene dos puntas, como todos los caminos solitarios; porque los que se encuentran o se cruzan, éstos tienen más. Las dos puntas del camino de Chipana son: la de más abajo, que une al pueblo con el resto del mundo, y la de más arriba, que sigue hacia lo alto de los cerros y dicen que comunica con el cielo.

Los chicos del pueblo respetan mucho el trabajo de sus padres; jamás destruyen un sembrado, porque saben que exige mucho esfuerzo. Colaboran, además, en las siembras y las cosechas.

En el pueblo de Chipana, las labores agrícolas no son sencillas. Las aprendieron de los incas, pueblo muy antiguo que vino del Perú y que sabía

construir terrazas en las laderas de los montes, porque los valles allí estaban rodeados de cerros y eran muy pequeños.

En las terrazas preparan la tierra de cultivo y, con poca agua y mucha paciencia, logran que crezcan las plantas. Así, los montes parecen escalinatas de verde; en cada peldaño, largo y ancho, hay un huerto, rodeado de piedras.

Los niños van a la única escuela del valle, donde enseña el único maestro: el señor Rivera. Es forastero, pues vino de Vicuña. Vicuña es una ciudad bonita, que está más cerca de la costa y más lejos de los cerros de la cordillera. En esa ciudad han nacido muchos poetas, muchos soñadores, que son tan locos como don Máximo, el astrónomo del pueblo.

Las mujeres del valle, cuando no están cuidando de sus hijos, están siempre ocupadas con la lana de las llamas: la ablandan y adelgazan con sus manos hasta convertirla en hilo para tejer gorritos de montaña, bufandas, calcetas y mantas.

Las madres cargan a sus hijos pequeños, no en los brazos como hacen todas las madres del mundo, sino en sus espaldas; los llevan envueltos en amplios y coloridos mantos que se amarran al cuerpo. Se protegen del aire helado de las tardes y del sol ardiente de las mañanas con sombreros de fieltro, muy parecidos a los que usan nuestros abuelos cuando pasean por las ciudades o cuando alimentan palomas en las plazas.

Las casas y la única iglesia del ca-



serío están construidas con piedras y barro; tienen techos de paja y ventanitas pequeñas, porque sus moradores no acostumbran a contemplar el paisaje desde el interior de las casas. Pero lo que sí contemplan y veneran en el interior de sus casas son las imágenes de vírgenes y santos de barro, regiamente pintados. La única virgen de la capilla es majestuosa: tiene cabellos humanos, y tal brillo en los ojos que parecen vivos. Una vez al año, la virgen es sacada de la iglesia y llevada por la única calle del pueblo: le cantan y le bailan, porque ella está de fiesta.

## 2 LAS LLAMAS DE CHIPANA

**E**L pueblo de Chipana se dedica también al cuidado del ganado. Las llamas son animales domésticos y de carga. Las usan para llevar los productos cosechados o tejidos, que se venden en los mercados de pueblos más grandes. También las usan para transportar las mercaderías que han comprado.

Las llamas dan mucha lana y, ade-

más, carne; la carne de llama se come con deleite, porque es muy seca, sabrosa y sana.

Chipana adora sus animales: los vigila, los guía a través de los pastos, los cuida y alimenta, cada vez que se siente liberado de sus deberes escolares.

Chipana sale al valle con su ganado, seguido de sus perros fieles, que ordenan y corretean a las llamas, para llevarlas a las vegas, junto a los ríos Turbio y Claro. En esas vegas se juntan los niños Berna, Ayaviri, Salvatierra y Chipana, cada uno con su rebaño. Allí se juntan los rebaños, que se distinguen por las lanitas de colores que las madres tejen para marcar sus animales. Así, el color de Chipana es el verde, amarillo el de Berna, azul el

de Ayaviri y violeta el de Salvatierra. Los niños dejan que sus animales coman y beban en paz; los perros corretean, y los chicos hacen sus juegos habituales. Otras veces se reúnen en círculo y conversan; tocan sus flautas y cantan. Es hermoso verlos compartir los pastos y las aguas, porque el valle es de todos.

Los animales y el cultivo de las terrazas son la única riqueza que poseen los vecinos del valle.

Por eso, cuando comenzaron a llegar los forasteros que compran animales, cambió la vida entre los vecinos del pueblo.

Cornelio, que es el padre de Chipana, miró con desconfianza a los forasteros que llegaban de las ciudades grandes. Él siempre se había resistido

a deshacerse de sus animales. Al igual que él, el padre de Berna, el de Ayaviri y el de Salvatierra tampoco deseaban vender ni una sola de sus llamas.

Los compradores ofrecieron mucho más dinero del que se consigue en el mercado. Se reunieron Chipana, Berna, Ayaviri y Salvatierra, se reunieron los jefes de familia para deliberar y decidir. No sabían qué determinación tomar, y los compradores no se marchaban. Los forasteros querían regresar a la ciudad con sus camionetas y *jeeps* cargados de llamas.

Entonces ocurrió algo que Cornelio no esperaba: Natividad, su esposa, Natividad, madre de Chipana hijo, enfermó de gravedad.

Corrieron las vecinas Berna, Ayaviri y Salvatierra a ofrecer sus cuida-

dos a Natividad Chipana; sólo sirvieron de alivio. Las hierbas medicinales tampoco pudieron sanarla.

Entonces llamaron al padre Bernardino, sacerdote solitario de la iglesia del pueblo; el padre Bernardino les aconsejó que llamaran a un médico.

Natividad necesitaba con urgencia unas inyecciones para detener una infección que avanzaba con rapidez; el padre Bernardino lo notó por la fiebre alta que presentaba la enferma. Natividad pasaba el día y la noche sin probar bocado, sin hablar con nadie.

El doctor llegó al Vallecito Verde y señaló los medicamentos después de ver a la enferma; había que comprarlos en el pueblo más cercano que tuviera una farmacia. Comenzaban los gastos; el médico pasó la cuenta y

ofreció su auto para llevar a Cornelio hasta el pueblo grande. Cornelio Chipana partió con el doctor y regresó ocho horas después con los remedios para su mujer. La familia Chipana se quedaba sin ahorros; la enfermedad de Natividad los consumía.

Los compradores esperaron, y Cornelio tuvo que ceder a las ofertas tentadoras de los forasteros: vendió sus llamas más hermosas y sanas.

Inmediatamente se reunieron en consejo las familias del valle. Si Cornelio vendía, también podían hacerlo Berna, Ayaviri y Salvatierra. Los compradores sonrieron y aumentaron las ofertas, al mismo tiempo que se mostraron más exigentes al escoger los animales. Berna quiso ganar lo mismo que Cornelio Chipana; Ayaviri quiso



ganar lo mismo que Berna; Salvatierra quiso ganar lo mismo o más que Berna, Chipana y Ayaviri. Así comenzaron las familias del valle a perder sus llamas, empezando por las más bellas.

*3 DON MÁXIMO, EL ÚNICO  
ASTRÓNOMO DEL VALLE*

## NATIVIDAD

mejoró, y Chipana creyó que todo lo malo había pasado. El niño Chipana podía salir nuevamente al valle con sus animalitos; podía admirar nuevamente las blancas nubes que navegan muy bajas, podía acariciarlas y sentir el calorcito del sol que nace de las cimas de la cordillera.

Para el niño, el día que mejoró su madre fue un día de fiesta. La desagradable fiebre de Natividad se había marchado, camino abajo. Se tranquilizó el corazón de la madre, se tranquilizaron las aguas del arroyo, tornándose azules como el cielo.

Chipana podía ir todos los días a la escuela y pasar a curiosear la casa de don Máximo, tan extraña, tan diferente de las otras casas del valle.

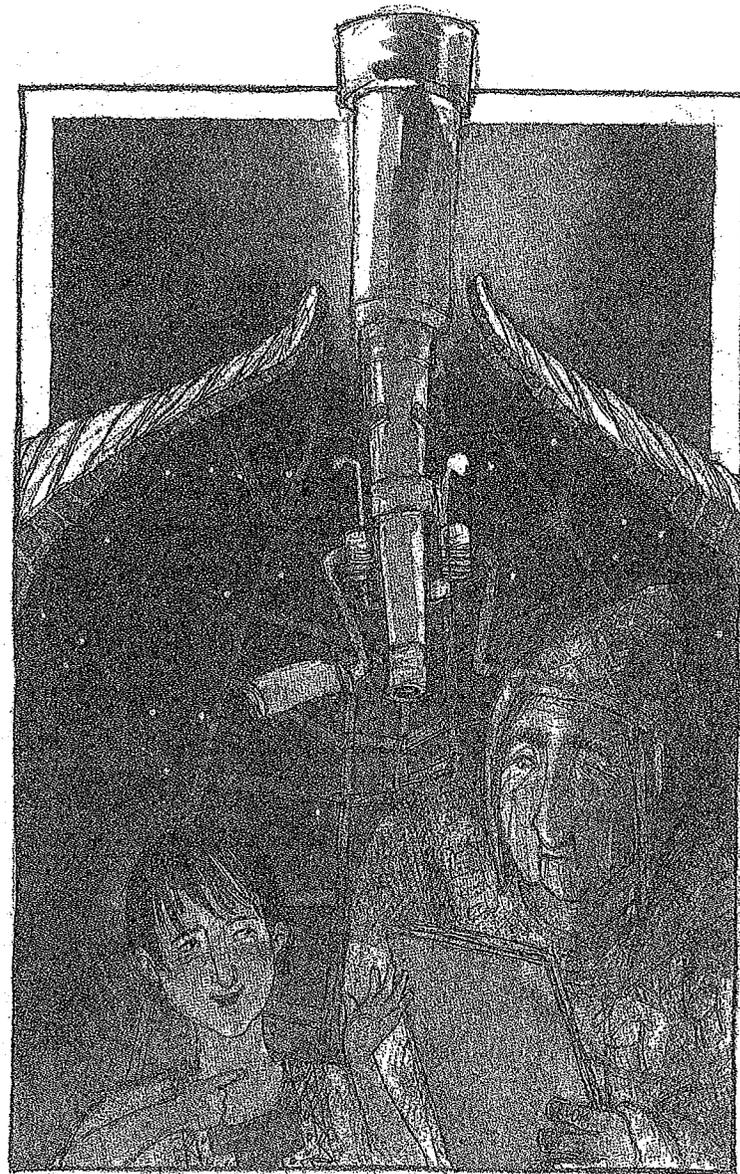
Por ejemplo, el techo de la casa de don Máximo es muy alto; además, no tiene forma de techo, sino que es como una bola enorme, como un volcán inflado. En la parte superior hay un gran orificio, como la boca de una chimenea, pero que no es chimenea, puesto que don Máximo necesita el cielo muy limpio y no se va a poner a

echar humo para ensuciarlo. Bien. Por ese orificio saca don Máximo su telescopio y lo dirige a las estrellas. Y como don Máximo es muy aficionado a ellas, las ha pintado en el cielo raso de su casa; así, su casa tiene un cielo debajo del techo, que no es raso sino inflado, englobado, convexo. Y en ese cielo propio, don Máximo ha pintado todas las estrellas que ha visto con su telescopio. Y esas estrellas son lo más maravilloso que ha visto Chipana en toda su vida.

Don Máximo construyó así su casa después de ver por casualidad, en una vieja revista, el modo de construir un observatorio astronómico en la casa de cualquier hijo de vecino. La revista enseñaba, además, a construir un telescopio. Don Máximo no ha sido

nunca astrónomo, pero siempre le han gustado las estrellas. Y como tenía bastante tiempo para el ocio, se hizo con varios tubos de metal y sacó cristales del río Turbio, quiero decir, piedras volcánicas que las aguas del río se habían encargado de pulir durante muchos años. Sin ser un experto, don Máximo consiguió pulir aún más los cristales, hasta darles el espesor adecuado. Puso los cristales pulidos dentro del tubo, y todas las noches contempla las estrellas a través de él.

En su primer día de escuela, después de la enfermedad de Natividad, el niño Chipana se acercó a la ventana de don Máximo y vio cómo el viejo terminaba su labor con las estrellas y se disponía a dormir. Porque este aficionado al universo, para observar



bien los astros y planetas, había hecho de la noche su día, y del día de todos, su propia noche.

—Es maravilloso observar las estrellas —le decía siempre don Máximo al asombrado Chipana.

—¿De verdad que puede ver el cielo con eso? —preguntó el niño Chipana, con los ojos llorosos de admiración.

Y don Máximo debía hacerlo con mucha atención, porque cada tarde, al despertar, copiaba fielmente en el techo raso de su casa todo lo que había visto en el cielo. Y como el cielo es inmenso, la única diversión del viejo parecía no terminar nunca. Pero a don Máximo no le preocupaba demasiado, porque cuando se tiene verdadero entusiasmo por algo el tiempo no im-

porta y el cansancio o aburrimiento es pequeño, por muy grande que sea la tarea.

Y hablando de tarea, Chipana se acordó de la escuela y se apartó de un brinco de la ventana, para salir corriendo camino abajo: si no se apresuraba, llegaría tarde a la escuela. Y a Chipana no le gustaba que el señor Rivera le regañara.

4 EL SEÑOR RIVERA

*E*L señor Rivera  
explicó los nombres de los números y  
los apuntó en la pizarra, acompañado  
de un cántico ordenado y paciente:

El trescientos cincuenta,  
el trescientos cincuenta y uno,  
el trescientos cincuenta y dos.

Niños, id copiándolos.

Los números y las palabras del  
maestro de escuela eran igualitos que

las estrellas de don Máximo: se iban juntando, dibujando, y recibían apodos y nombres, para distinguirlos de otros.

Del mismo modo se juntaban y se dibujaban en el valle las llamas de Chipana; aunque no llevaran apodos ni nombres, se diferenciaban perfectamente de las llamas de Berna, Ayaviri o Salvatierra. El señor Rivera distinguía a sus alumnos, los llamaba por sus nombres; don Máximo conocía muy bien sus estrellas, las llamaba por sus nombres; Chipana reconocía sus animalitos, aunque no tenían apodos ni nombres.

El señor Rivera se detuvo junto al puesto de Chipana y observó el cuaderno del niño.

—¿Por qué no sigues la cuenta

hasta el final? —quiso saber el maestro.

Chipana se sintió sorprendido en sus ensoñaciones; no tuvo respuesta para su profesor. Sólo acertó a volver su rostro hacia el maestro, pidiéndole disculpas con la mirada.

—Anotaste hasta el número trescientos cincuenta y dos, mientras todos tus compañeros han seguido adelante —le llamó la atención. Y continuó—: En lugar de eso, has dibujado un precioso rebaño de llamas en tu cuaderno. ¿Tienes alguna explicación?

El niño se levantó de su asiento, en señal de respeto; cruzó las manos sobre la mesa y se dispuso a responder. Sus compañeros le miraban, entre cuchicheos y sonrisas que ponían rojas

las mejillas amanzanadas de Chipana.  
El niño se armó de valor y habló:

—Mi padre no tiene tantas llamas  
en su rebaño, señor.

El maestro lo miró en silencio; con-  
sideraba en toda su magnitud la res-  
puesta de Chipana: el niño veía una  
relación estrecha entre su mundo co-  
tidiano y lo que aprendía con el señor  
Rivera.

—Lo sé, Chipana. Ninguno de los  
vecinos de este valle tiene tantas lla-  
mas en su rebaño. Pero debemos co-  
nocer las cifras, aunque nos parezcan  
inmensas.

—Yo quisiera que mi padre tuviera  
muchas llamas, tantas como estrellas  
tiene don Máximo en su cielo.

—Claro que sí, Chipana. Algún día  
Cornelio puede llegar a poseer todos



los animales que quiera. Pero volvamos a tu cuaderno. Completa las cifras que te faltan. Así tus conocimientos serán más completos y podrás ayudar mejor a tu padre, porque sabrás exactamente la cantidad de animales que tiene su rebaño.

Sin esperar más respuesta, el maestro continuó revisando los cuadernos del resto de sus alumnos; corrigió varias faltas, hasta que sonó la campana dando fin al día de clases.

Entre gritos, carreritas, empellones y risas espontáneas, los niños se dispersaron en las dos direcciones del camino: eran como los alegres granos amarillitos del maíz, dispersados por el viento.

Chipana fue el único que se quedó frente a la puerta de la escuela. Esperó

al señor Rivera hasta que salió del edificio de barro pintado de cal.

El sol estaba en el centro mismo del cielo, y sus rayos caían con fuerza sobre la tierra. El maestro no se sorprendió al ver al niño que le esperaba; todos sus alumnos lo hacían siempre que estaban preocupados por algún problema.

Chipana y el maestro caminaron un largo trecho sin hablar; sus cabezas ardían, casi aturdidas las mentes.

Un cóndor planeaba frente a un altar majestuoso de la cordillera: la catedral de la montaña donde el viento es el único sacerdote que puede elevar la voz.

—No quiero que mi padre venda las llamas —rompió el silencio Chipana.

—¿Hay cosas que faltan en tu casa?

—Muchas, me parece.

—Azúcar, harina, aceite de comer, utensilios, herramientas —enumeró largamente el maestro—. ¿Recuerdas la enfermedad de tu madre?

El recuerdo del sufrimiento de Natividad llenó de tristeza los ojos del niño. Chipana no respondió. El señor Rivera sí que sabía preguntar; ante los problemas difíciles era mejor esperar que el mismo maestro los resolviera.

—Comprenderás que en este mundo hay que pagar por todo. Y los padres se esfuerzan por conseguir lo necesario para su familia. Nadie se deshace fácilmente de lo que ha criado con amor y sacrificio.

Chipana, Berna, Ayaviri, Salvatierra y muchos otros niños pertenecían

al «rebaño» de la escuela; algún día terminarían sus estudios, y el maestro se quedaría solo y tendría que formar un nuevo rebaño. Eso había que entenderlo.

El camino hasta la casa de los Chipana se hizo muy corto. Al llegar, el niño y su maestro descubrieron varios *jeeps* y camionetas, estacionados muy cerca de los corrales de Cornelio.

El niño se apartó del señor Rivera, cruzó los cercos y se mezcló con el ganado.

—Prometiste que no venderías, papá —gritó.

—Pagan muy bien, hijo. Y si yo no vendo, lo harán los otros vecinos.

—Ya se han llevado bastantes. ¿Para qué quieren más?

—Se las llevan al extranjero. Las

venden como mascotas, como animalitos de compañía.

Chipana no quiso seguir escuchando. Entró en la casa y fue a buscar a su madre, con los ojos llenos de lágrimas. Aquellos hombres estruendosos, bien vestidos, de grandes ademanes, dueños de cuanto abarcaba su mirada, despertaban en el interior del niño un profundo sentimiento de rebeldía: no podía permanecer manso como sus animales.

El señor Rivera comprendió que algo grave estaba sucediendo en el valle.

## 5 UN VIEJO PERIÓDICO

**D**ON Máximo,  
¿qué es el extranjero?

Por primera vez, el niño le miró fijamente a los ojos. El viejo acababa de desayunar; eran exactamente las siete de la tarde. Don Máximo se pasó la mano por los labios y cayeron al piso algunas migas de pan; trepó a la mesa y le señaló a Chipana un punto dibujado de amarillo en el cielo raso,

que era de un azul muy suave, casi transparente.

—Mira, Chipanita —dijo el viejo—. Nosotros estamos aquí. Debajito de este grupo de estrellas, llamado Cruz del Sur, está nuestro territorio: Turi, Parinacota, Toconce, Colana, Volcán San Pedro, Volcán San Pablo, Ojos de San Pedro, el lago, y las vegas de Inacaliri, la de Turi y el río Salado. Extranjero es lo que está más allá de nuestras fronteras.

El niño se quedó atrapado, con la vista perdida entre las innumerables estrellas del cielo de don Máximo; trataba de imaginar cómo podían llevar sus llamas tan lejos sin cansarlas, sin agotarlas, sin matarlas de esfuerzo y sufrimiento. En el extranjero se sentirían extrañas y solitarias, sin su pas-

tor, sin su dueño; seguramente enfermarían como mamá Natividad y nadie se preocuparía de atenderlas.

—¿Cómo va el universo? —había llegado el señor Rivera.

—¡Maravilloso! —respondió el viejo—. Pase, adelante señor Rivera. Está en su casa.

Chipana no quiso perder más tiempo; aprovechando la presencia del maestro, intentó averiguar en qué parte del extranjero estaban sus llamas. El señor Rivera siempre tenía respuesta para todo; pero en este caso, al parecer, no la tenía. Los rostros del maestro y del viejo se tornaron serios, muy serios.

—Oye, nos pones en un aprieto —tronó don Máximo.

—Tratemos de averiguarlo —alentó el señor Rivera.

—¿Cómo? ¿En los zoológicos del mundo?

Don Máximo trataba de encontrar la solución: pasearse por el mundo con su telescopio para verlo detenidamente. Pero su telescopio no le servía; podía pasearse a través de las estrellas, que están a millones de kilómetros de distancia, pero no podía observar el zoológico más cercano.

Chipana se estremeció al pensar en los jardines zoológicos; el señor Rivera les había hablado de ellos en la escuela.

—Pero allí sólo hay animales salvajes. Se comerán a todas mis llamas.

—No se comerán a ninguna, Chipana —se apresuró a responder don

Máximo—. No tienen necesidad. Los alimentan muy bien y no acostumbran a comerse unos a otros.

—Necesito un periódico —exclamó jubiloso el maestro.

—Señor Rivera, usted sabe que a nuestro valle no llega ningún periódico.

—Usted debe de tener alguno, don Máximo —insistió el maestro.

En efecto, el viejo guardaba un periódico del año anterior; lo había llevado un gringo cuando el valle se llenó de turistas que acudían para observar más de cerca el famoso cometa Halley. Don Máximo lo sacó del único estante que había en la casa y que servía para guardar todo.

—¿Y qué espera usted encontrar ahí?

—Noticias —le respondió tranquilamente al viejo.

—Es un diario muy viejo, señor Rivera.

—A veces traen noticias que son anticipo de un hecho que se producirá más tarde. Ocurre con frecuencia en los asuntos económicos, financieros, diplomáticos, bélicos, y aquí está lo que buscamos.

Don Máximo no llegaba a comprender, y Chipana se limitaba a escuchar al maestro con el mismo silencio y expectación que se producía en la escuela cada vez que el señor Rivera enseñaba cosas entretenidas.

El maestro leyó la noticia o anticipo de noticia. Venía de Nueva York y explicaba cómo en esa ciudad lejana y desconocida un grupo importante de

comerciantes se preparaba para comprar llamas y otros animales típicos del altiplano sudamericano. Estos animalitos no serían vendidos a los zoológicos, sino a personas que desearan tenerlos en los jardines de sus casas, como mascotas, tal como se tiene un perro, un gato, un ganso, un pato, una liebre o una tortuga.

—Ahora lo veo muy claro —concluyó el señor Rivera—. Estos animalitos son un buen negocio. Pero si el negocio continúa adelante, sin ningún control de nuestra parte, será una pérdida muy grande para el valle.

Las palabras del profesor sonaron muy hondo en la conciencia del niño y le causaron tanta impresión que se quedó sin habla.

6 EL SEÑOR RIVERA VISITA  
A CORNELIO

**A**L atardecer del día siguiente, el señor Rivera se presentó en casa de los Chipana. Cornelio le ofreció asiento con mucho respeto y consideración.

—Seguro que no ha comido, señor —se apresuró a atenderlo Natividad.

Y le ofreció un plato de sopa caliente. Se notaba que Natividad y Cor-

nelio se sentían muy complacidos con la visita del maestro.

Chipana estaba sentado en una esquina de la mesa, detrás de un humeante plato de sopa de granos y de un trozo de pan amarillo, horneado por su propia madre.

—¿Qué lo trae por aquí, maestro? —preguntó, inquieto, Cornelio—. ¿Alguna queja del muchacho? —y sonrió, porque estaba seguro de que no era eso lo que pasaba.

Cornelio no miró a su hijo; Chipana bajó la cabeza y hundió la mirada en la sopa.

—Chipana es un buen alumno, Cornelio. Usted puede estar orgulloso de su hijo. El motivo de mi visita son las ventas de llamas que se están haciendo.

Cornelio guardó silencio. Se sentía como un alumno que ha cometido una falta y espera una severa reprimenda del profesor. Dejó de mirar al señor Rivera y se concentró en juntar con los dedos los trocitos de pan que habían caído junto a su plato. Lo hacía con mucha calma, recordando las enseñanzas aprendidas desde niño: el pan es el cuerpo de Cristo y hay que venerarlo. Además, es nuestro principal alimento. ¡Por Cristo! ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Es que tenía que hundirse el mundo porque él había vendido unas cuantas llamas? Desde entonces, Natividad andaba preocupada; Chipana, su hijo, le hablaba poco y no sonreía como antes, y los vecinos se miraban como enemigos. ¿Es que los forasteros habían llegado

para enemistar a la gente del valle? ¡Y ahora también el maestro de la escuela se sentía con derecho para venir a criticar!

—No lo tome usted como una intromisión en sus asuntos, Cornelio.

—Los maestros deberían preocuparse más de sus alumnos —se atrevió a decir Cornelio—. Estos asuntos son nuestros, sólo nuestros. Con todo respeto, señor maestro.

Chipana dejó la cuchara en el borde del plato y se quedó petrificado, esperando lo peor. Natividad se acercó instintivamente a su hijo y le puso una mano sobre la negra cabeza.

—Lo que está ocurriendo con las llamas nos atañe a todos.

—Yo no me quejo de cómo conduce usted a los niños en la escuela.

—Las llamas se venden sin control y sin medir las consecuencias. Se está produciendo una verdadera competencia entre las familias del valle. Todos están dispuestos a vender, y a cualquier precio.

—Necesitamos el dinero. Por poco que sea.

El señor Rivera trató de explicarle a Cornelio la gravedad de la situación. La venta resultaría perjudicial, porque se estaban desprendiendo de los ejemplares más valiosos. Las llamas se reproducen una sola vez al año, y sólo un ejemplar por nacimiento.

La tarea del maestro era difícil, por no decir imposible. Cornelio se negó a reconocer que los peligros que veía el señor Rivera fueran reales. Le parecía que el maestro exageraba. ¿Có-

mo podían desaparecer las llamas de los valles cordilleranos? ¡Si siempre habían estado allí! El señor Rivera desorbitaba el problema.

—El ganado es nuestro —rezongó muy serio Cornelio—. Las llamas seguirán existiendo en este valle. Siempre han estado aquí.

—No estoy de acuerdo con usted, Cornelio. Esos comerciantes no pagan verdaderamente lo que valen nuestras llamas; ellos saben que el animalito es novedad en el extranjero, y mientras sea novedad será un buen negocio. Antes de que se acabe la novedad, ellos acabarán con las llamas del valle.

Cornelio enrojeció de furia contenida, porque no sabía cómo rebatir los argumentos del señor Rivera. Se le-

vantó de la mesa, indicando con toda claridad que la visita debía concluir.

Natividad advirtió que su marido estaba seguro de que Chipanita había ido a la escuela con el cuento de las llamas, y pensó que, más tarde, Cornelio se las iba a hacer pagar a su hijo.

—Anda, hijo —dijo en seguida la madre—. Anda a ver el ganado —y como si tratara de calmar a su marido, agregó—: Si yo no me hubiera puesto enferma... Es culpa mía, Cornelio. Los niños, a veces, se preocupan demasiado de los problemas de sus padres. ¿No es así, maestro?

Y fue peor, porque el marido pensó que su mujer trataba de involucrar aún más al señor Rivera en los asuntos familiares.

El maestro no esperó ninguna res-

puesta de Cornelio; se levantó y se dirigió a la puerta. Allí se detuvo.

—No quería causarles tantas molestias. Les ruego que me disculpen. Solamente deseo que reflexionen, y ha sido muy oportuno que Chipana me hablara de estas cosas. Los maestros estamos para preparar a vuestros hijos para la vida, y la vida nos incumbe a todos, no sólo a los niños que asisten a la escuela.

Natividad acompañó al maestro hasta la puerta. Chipana no se veía por ningún lado. Cuando se marchó el señor Rivera, Natividad cerró la puerta para que la tenue luz del interior de la casa no se escapara hacia el valle. Lo que Natividad no podría impedir aquella noche sería...



7 LA HUIDA

**E**L valle se llenó de sombras. El cielo se aclaró con millones de luciérnagas suspendidas. Una estrella errante cruzó el espacio, dejando una estela de plata.

En los corrales de Chipana la tranquilidad era casi completa. Pero el niño estaba muy alterado; mezclado con el ganado, recordó las palabras del señor Rivera y decidió salvar las lla-

mas de la codicia de los compradores.

Chipana llamó a sus perros y con ayuda de ellos reunió el ganado. Tomó su lugar de pastor y condujo a las llamas hacia las altas montañas. Cruzó el puentecito de madera y piedra. Más allá del río Claro, el sendero se hizo estrecho; los animales avanzaron, uno tras el otro, bordeando quebradas muy profundas. La luna, que los acompañaba, extendía flecos de plata delante del pastor y de su ganado. El viento estaba en calma, y la helada que caía por las noches se mantuvo suspendida en las puntitas de las estrellas. Nada amenazaba a Chipana; las cumbres eran suyas: sólo tenía que alcanzarlas.

A medida que el niño avanzaba hacia las solitarias cimas de la cordillera,

el cielo parecía aproximarse; los astros del universo se elevaban para no golpear las cabezas de la comitiva.

Chipana se vio atrapado por la poderosa atracción que la cordillera ejercía sobre él. La linterna de la luna crecía y crecía transformando las rocas peligrosas en senderos abiertos por los que transitaba el ganado. Allá arriba el paisaje de montaña era muy distinto del que se veía desde abajo: la luna se apoderaba de todo lo que tocaba; Chipana ya no veía sus pies y creía estar pisando caminos de ceniza muy brillante. El suelo era blando como el algodón; en lugar de caminar, se volaba.

El trayecto hacia las vegas altas de la montaña resultó muy largo, pero las bestias no parecían agotadas.

Cuando llegaron a las cumbres más

altas, el universo refulgía; el cielo estaba tan cerca que con sólo dar unos pasos se podía penetrar en la cúpula fosforescente del cosmos. El vasto universo invitaba a entrar en el cielo, a llenarse de luz y resplandor junto a las estrellas. Chipana se sintió reconfortado: su ganado estaba a salvo.

8 UN AMANE CER  
DIFERENTE

**E**L pueblo de Chipana se alborotó de inmediato, porque los corrales de Cornelio amanecieron vacíos; hombres, mujeres y niños se reunieron en el camino pedregoso, abandonando los trabajos del día. Los niños no fueron a la escuela, y el señor Rivera tuvo que subir al poblado para ver qué estaba ocurriendo.

Los hombres se congregaron frente a la casa de Cornelio. Berna, Ayaviri

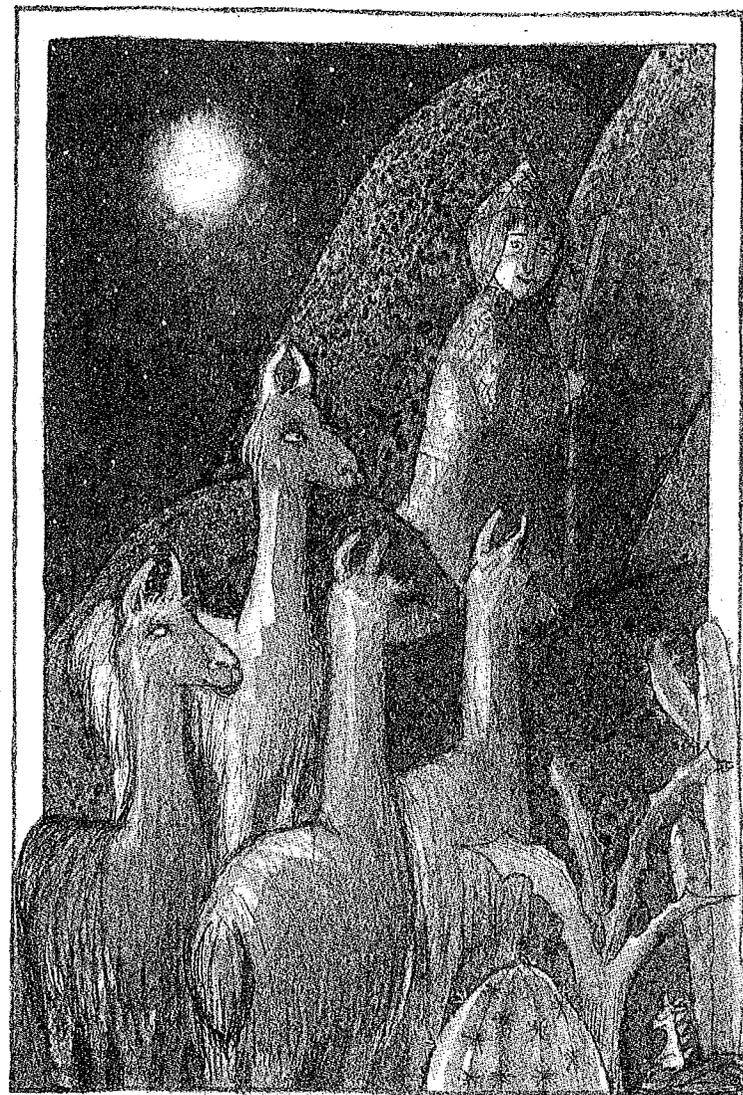
y Salvatierra dejaron de lado su interés individual de vender más y más ganado y fueron a ofrecer a Cornelio su amistad de siempre.

—Si tú no tienes animales que vender, hermano, nosotros tampoco tenemos.

Los hombres se ofrecieron voluntariamente para salir a recorrer todos los valles vecinos, todas las cimas de todos los montes; estaban dispuestos a llegar hasta la puerta misma del cielo para encontrar las llamas de Cornelio.

Las mujeres Berna, Ayaviri y Salvatierra, las madres, sus hijas, e incluso las hijas de las hijas Berna, Ayaviri y Salvatierra se quedaron junto a Natividad para calmar su llanto, que no cesaba.

—Se lo han llevado los duendes



—dijo con angustia la madre de Chipana.

—Los duendes —repitieron en voz baja las mujeres, y apretaron aún más a sus hijos pequeños entre sus brazos.

Desde tiempos muy remotos, los abuelos de Chipana, Berna, Ayaviri y Salvatierra contaban historias de duendes, que bajaban de lo alto de la montaña envueltos en burbujas de luz. Eran hombrecitos que se ocultaban en los rincones oscuros del valle o de las casas. Esos duendes se deshacían de gusto por los niños pequeños, a quienes perseguían en sus juegos para ganarse su amistad y apoderarse de sus virtudes. Cada vez que conseguían capturar un niño, se lo llevaban al monte, correteando, jugueteando, haciendo diabluras; en el

monte le robaban la virtud y lo abandonaban a su suerte. Cuando los padres de los niños extraviados conseguían recuperarlos, los encontraban como dormidos, con los ojos abiertos, pero convertidos en unos tontuelos, incapaces de atar un cabo, de sumar dos más dos y decir cuatro. Durante mucho tiempo, mientras Chipana fue pequeño, Natividad estuvo preocupada por los duendes y se vio obligada a protegerlo. Entonces a Chipana le gustaba jugar en las partes sombrías de la casa o del valle. Hablaba con seres que sólo existían en su imaginación o con sus animales, que casi siempre eran sus compañeros de juego.

Las mujeres Berna, Ayaviri, Salvatierra y Natividad creían que a Chipana lo habían raptado los duendes.

Pero ¿para qué querrían los duendes el rebaño de llamas?

Cayó la tarde sobre el Vallecito Verde. Las sombras cubrieron los cerros de violeta, ocultaron los senderos e hicieron más profundas las quebradas y los precipicios. Los hombres Berna, Ayaviri y Salvatierra, los padres, hermanos y algunos hijos mayores de los Berna, Ayaviri y Salvatierra, que se disponían a colaborar con Cornelio, tuvieron que esperar la salida de la luna.

Cornelio, por su parte, estaba seguro de que Chipana se había marchado a las vegas altas; recordaba que en más de una ocasión su hijo lo había acompañado a esos lugares conduciendo el ganado.

Las sombras en el valle se tornaron



impenetrables. Los hombres Berna, Ayaviri y Salvatierra, que acompañaban a Cornelio, sólo veían el tenue resplandor de sus cigarros encendidos y, de vez en cuando, las ráfagas luminosas de las luciérnagas.

La luna, que descubrió todo, no quiso salir aquella noche; había que dejar tranquilo a Chipana en las alturas. El cielo se puso más negro que la más profunda de las quebradas.

Cornelio y sus acompañantes esperaron mascando hierbas del monte y fumando en silencio; tal vez llamaban a la luna con el pensamiento.

Natividad sufría porque no quería que su hijo pasara una noche más en manos de los duendes; Cornelio sufría pensando que Chipana no soportaría el frío intenso de las nieves eternas.

**C**HIPANA se  
sentó en el umbral de la puerta del  
cielo; allí observó todas las estrellas  
que hay en el cosmos. Fue como si  
hubiese soñado, como si hubiese dor-  
mido con los ojos abiertos.

Ante los ojos del niño, el universo  
era el más amplio de los lagos, y en  
esas aguas profundísimas se reflejaban  
todas las estrellas existentes. La com-

paración produjo en Chipana un efecto no esperado: la nostalgia. Como por encanto, el niño recordó las aguas del río Claro y las estrellas que allí se reflejan. Recordó su vallecito completo, las terrazas verdes y frondosas, las aguas calmas del río Turbio, los corrales de Cornelio, la casa paterna, la madre junto a la cocina y la mesa, la única calle del poblado, los vecinos Berna, Ayaviri y Salvatierra, sus hijos, sus amigos, sus compañeros de escuela, el señor Rivera, don Máximo, el padre Bernardino. Chipana volvió atrás la mirada, hacia los recuerdos, y vio a su rebaño pastando tranquilo; más allá, los perros echados, en espera de una orden de su amo. El niño contempló con sorpresa cómo había crecido la lana en los lo-

mos de sus llamas; en tan poco tiempo, el pelo de las bestias se había convertido en largas cabelleras de plata. Lo que el niño estaba presenciando era algo increíble: como si hubiese transcurrido un siglo. Ésa era la realidad, una fantástica realidad. El niño se preguntó si no estaría ocurriendo lo mismo con él: el pelo bien largo, quizá; se lo tocó con las dos manos. Había crecido. ¿Tendría también su cabello el color de la plata? Quiso comprobarlo mirándose en las aguas del interminable lago que era el cielo. No pudo verse. No pudo comprobar nada. Se acercó, entonces, a los ojos de sus animales; allí se vio, pero del color de los ojos de sus llamas o del color de los ojos del perro.

—Dime, amiga llama, ¿es de plata

mi cabello, antes tan negro como tus ojos?

Pero la llama no contestó.

—Dime, amigo perro, ¿es de plata mi cabello, antes tan negro como tus ojos?

Y como los ojos del perro son muy claros, el perro, al igual que la llama, no contestó.

Unas estrellitas errantes cayeron sobre la cabeza del niño y se enredaron en sus cabellos; Chipana recordó los suaves dedos de su madre acariciando su pelo.

—Dime, madrecita, ¿es de plata mi cabello, antes tan negro como tus ojos?

Y los ojos de la madre habrían respondido si se hubieran encontrado allí. Las estrellitas errantes tienen los

ojos tan claros como los del perro y los de la llama, de modo que tampoco respondieron.

La nostalgia se apoderó casi de su corazón de niño; Chipana quiso mirarse en los negros ojos de su madre para ver allí el negro cabello de su cabeza. Chipana quiso sentir los dulces labios de su madre en las mejillas acaloradas; quiso tener los suaves dedos de su madre enredados en su cabello. El universo invitaba a dar grandes zancadas por los planetas, pero Chipana sintió deseos de saltar sobre las piedras del río Claro.

El niño llamó a sus perros y les ordenó reunir el ganado; los perros le obedecieron.

No fue tarea fácil para los perros reunir el rebaño. Con sus lomos car-

gados de pequeños cometas y asteroides, las llamas se movían muy despacio. Se podía decir que los animales se movían con la misma lentitud de los astros en el espacio. El niño comprobó que cualquier plan que se trazara en el cosmos demoraba mucho más de lo que se podía imaginar. Su voluntad de niño lo impulsaba a correr, saltar, caer, quizá rodar. La nostalgia, el deseo de encontrarse nuevamente con su mundo y los suyos fue creciendo. Para regresar al hogar necesitaba una paciencia de anciano, pero Chipana, felizmente, seguía siendo un niño.

10 EL DESCUBRIMIENTO  
DE DON MÁXIMO

**M**IENTRAS

los hombres Berna, Ayaviri y Salvatierra, que acompañaban a Cornelio, esperaban la salida de la luna para ir en busca de Chipana y del rebaño, las mujeres del valle, las mujeres Berna, Ayaviri y Salvatierra acompañaron a Natividad hasta la casa de don Máximo. Allí se respiraba tranquilidad, y

Natividad necesitaba poner su corazón en un lugar de paz. En casa de don Máximo estaba también el señor Rivera, que no podía estar en su casa porque la preocupación por Chipana era inmensa.

Natividad logró calmar su angustia porque don Máximo y el señor Rivera la convencieron de que ningún duende podía haberse llevado a Chipana.

—Si el muchacho ha alcanzado las cimas más altas de la cordillera —decía don Máximo—, ha encontrado la puerta del cielo. Y si ha encontrado la puerta del cielo, podremos verlo con mi telescopio. Así es que, manos a la obra.

Natividad pensó que si su hijo se encontraba en algún punto de aquel vasto universo nada malo podía ocu-

rrirle. Porque don Máximo le enseñaba todas las maravillas del cosmos y del cielo, en el cosmos y cielo que tenía pintados en el cielo raso de su casa, que, como dije, era cielo de casa, pero no raso sino inflado.

El señor Rivera pensaba que sus conocimientos del mundo eran una pequeñez comparados con aquella creación tan formidable. Se sintió insignificante ante el espacio cósmico de don Máximo.

—¿Dijo usted algo, maestro? —preguntó don Máximo sin quitar el ojo del telescopio.

—¿Qué podría decir yo, don Máximo?

Más adelante, cuando regresara a la sencilla aula de la escuela, cuando sus alumnos ocuparan nuevamente sus

bancos, quizá tendría valor para hablarles del universo alucinante y fantástico. Y tendría que hacerlo, sin duda, porque los chicos no sabían nada de Chipana y esperaban una respuesta.

La noche cruzaba el cielo y cubría con su manto el firmamento desde que desaparecía el último rayo solar hasta que reaparecía el primero. Las estrellas iban cambiando de sitio. A la luz de una vela colocada en el ala del sombrero, el señor Rivera anotaba en un cuaderno las maravillas que observaba. Los astros, los planetas, los cometas y tantas otras luces eternas, que ni es posible nombrarlas, quedaban registradas en el cuaderno del señor Rivera.

De pronto, don Máximo lanzó un grito de júbilo:



—¡Ahí están!

Claritas, nítidas, figuras talladas en el más transparente de los cristales, eran un grupito de estrellas que formaban una nube plateada con el perfil de una llama gigantesca.

—Esto sí que es un verdadero descubrimiento —exclamó don Máximo—. Es lo que estaba esperando desde hace tiempo; por fin mis esfuerzos se han visto premiados.

—No es ningún premio, don Máximo. Es la justa recompensa por su paciencia, por su perseverancia.

—Así es, señor Rivera. Creo que la llamaré la constelación de la Llama. Y tendrá que ser reconocida por todos los astrónomos del mundo y registrada en los libros de cosmografía.

—De astronomía, don Máximo —corrigió el maestro.

—¿Está allí mi hijo? —preguntó con inquietud la madre de Chipana.

Don Máximo se tomó tiempo para enfocar el telescopio con mayor precisión; pero no encontró al muchachito. Natividad le rogó que buscara el paradero de Chipana. Le recalcó que los animales no importaban nada, que la vida de su hijo valía más que todos los rebaños del universo, incluidos los rebaños de estrellas llamados constelaciones.

El misterio de la historia de Chipana quedó sumido en la profundidad del cielo; el muchacho seguía perdido en el espacio. Tampoco el señor Rivera tenía respuesta. Todos pensaron, incluso, que el descubrimiento de don

Máximo era sólo una invención del viejo.

—Esto es muy extraño —dijo al fin el viejo sabio—. El rebaño de llamas está ahí. Les juro que no estoy viendo visiones; ustedes mismos pueden comprobarlo si lo desean. Pero ¿dónde puede haberse metido el pastor?

A Natividad le dolía el corazón, y volvió a rogarle a don Máximo que buscara a Chipana. El telescopio escudriñó el espacio cósmico; se detuvo largamente en la constelación de la Llama y el resultado fue el mismo: el niño no estaba allí.

—Quiero que mi hijo regrese.

La tranquilidad que el descubrimiento de don Máximo había infundido a todos se desvaneció como por

encanto. El viejo sabio no bajó de la cúpula, no cerró su techo englobado ni se metió en la cama para dormir. Natividad no regresó a su hogar, donde Cornelio esperaba la llegada del día para iniciar la búsqueda de Chipana en las vegas altas de la cordillera.

Fue la noche más larga de todas las noches que se recordaban en el valle. El tiempo se detuvo; la constelación de la Llama se hizo visible para todos; incluso los animales parecían verla, pues levantaban sus cabezas hacia el cielo como si el instinto les indicara que allá arriba vivían sus hermanos, esos que una noche se fueron siguiendo a Chipana.

Fue entonces cuando el señor Rivera recordó la leyenda de las constelaciones:

Los animales, huyendo de sus cazadores, subieron al más alto de los montes; así descubrieron la más alta de las alturas y penetraron en el cielo. Y se quedaron allí para siempre, transformados en animales eternos, luminosos y no expuestos a ningún peligro. Durante el día el sol los protegía de la codicia de los cazadores; por la noche, acompañados de la luna, los animales pastaban en paz.

## 11 EL REGRESO

**C**HIPANA era un niño de luz. Desde muy pequeño se había aficionado a las maravillosas perlas que brillaban en el cielo. Por eso, no se inquietó demasiado cuando se le cubrió de hielo el pasamontañas y su rostro brilló completamente iluminado.

Sentado en la cumbre de la mon-

taña, con el Vallecito Verde a sus pies, el niño sentía cada vez más nostalgia.

Súbitamente se levantó y comenzó a descender cruzando nubes fosforescentes; detrás de él iban los perros y el ganado. Bajaban despacio por las crestas de las rocas, como si temieran trizar los cristales que llevaban sobre los lomos. Chipana y sus animales parecían terrones de azúcar deslizándose por los senderos de la montaña. En un abrir y cerrar de ojos estarían muy cerca de las primeras casas del pueblo.

La primera en descubrirlos fue una de las hermanas Salvatierra. Sobre la cima de una pronunciada loma estaba el pastor de cristal con su rebaño de llamas. La muchacha vio con sorpresa cómo descendían lentamente de la colina aquellas lucecitas de plata. En un

dos por tres comunicó el suceso a sus hermanos y hermanas, y éstos, a su vez, también en un dos por tres, se encargaron de llevar la noticia a las familias Berna, Ayaviri y Chipana. Los vecinos se asombraron.

No era la primera vez que caían en el valle luces del cielo, luces que rebotaban en las rocas, se deslizaban por la superficie de las aguas, se quedaban suspendidas sobre las quebradas y los precipicios o se dedicaban a husmear en el interior de las casas.

Muy pronto se descubrió que Chipana bajaba con el resplandor, que descendía a brincos, saltos y carreritas. Entonces Natividad estuvo segura de que su hijo regresaba, de que los duendes lo habían capturado y lo devolvían al valle. La madre se alegró

y asustó al mismo tiempo: ella conocía muy bien las leyendas aquellas y sabía que su hijo ya no sería el mismo. Corrió a la cima de la colina para recibir a Chipanita; detrás iban las vecinas Berna, Ayaviri y Salvatierra.

La madre encontró al niño luminoso en los cerros; estaba detenido ante un muro de nubes azules que entraban suavemente por el río Turbio. El rostro reluciente de Chipana parecía diluido en una gota de escarcha, transparente como una luna con forma de hostia gigante. Estaba rodeado de todos sus animales, perros y llamas, más sanos y bellos que antes; de sus lomos colgaban cascadas de lana, reluciente y pura porque provenía de las mismas estrellas. Casi na-

die podía creerlo; sin embargo, era muy cierto.

Natividad y Cornelio caminaron trabajosamente y, tropezando y dándose golpes en el cuerpo, llegaron hasta Chipana para abrazarlo y rescatarlo de las manos luminosas que lo habían atrapado una noche en la oscuridad de los corrales. Mil veces besó la madre al hijo; mil veces acarició el padre al hijo con sus rudas manos. Natividad estaba loca de contento; Cornelio lloraba de alegría. Después de todo, el niño parecía tan normal como cualquiera de los muchachos del pueblo. Pero no decía ni una sola palabra. El silencio del niño y el frío se hicieron penetrantes. Cornelio se quitó la manta y rodeó con ella el cuerpo de su hijo. Luego, lo levantó en brazos y

cargó con él colina abajo. El ganado y los perros siguieron a sus amos.

Natividad no se consolaba: Chipana no hablaba. Bajó llorosa, mientras las vecinas ya empezaban a comentar que el duende le había robado la virtud al niño Chipana.

Los hombres guardaron silencio y ayudaron a conducir el ganado hasta los corrales de Cornelio.

Don Máximo y el señor Rivera se acercaron a casa de Chipana. Allí estaba ya el padre Bernardino, rezando junto al niño.

—Deberíamos llamar al médico —susurró el maestro.

Entonces reaccionó Chipana, reconociendo la voz de su maestro. El entusiasmo de Chipana fue mayor al oír a don Máximo que decía:

—Los astros de mi universo también parecen inalterables, pero es un engaño.

Chipana pestañeó dos veces y se quedó extasiado observando al viejo; algo debía de tener don Máximo cuando era capaz de suscitar tanto interés en el niño: consiguió despertarlo.

—¿Quieres venir a ver mis estrellas, Chipanita?

El niño se separó de sus padres y se colgó de la mano abierta de don Máximo. Se marcharon a la imponente cúpula que dirigía todas las noches su abierto techo hacia el abierto cielo.

Desconsolada aún, la madre de Chipana quiso retener al hijo; el señor Rivera y el padre Bernardino se lo impidieron.

12 *LAS SABIAS PALABRAS  
DE CHIPANA*

—Déjelo usted, Natividad. La compañía de don Máximo le hará bien.

Los vecinos Berna, Ayaviri y Salvatierra rodearon amistosamente a Cornelio.

—¿Qué pasa ahora con tus animales, Cornelio?

—¿No quieres que les quitemos el hielo de la lana?

—Hemos juntado a los descarriados en tus corrales.

Muy seguro, Cornelio respondió así:

—¿Qué me importa el ganado? Lo que quiero es que mi hijo recupere la luz que le han robado.

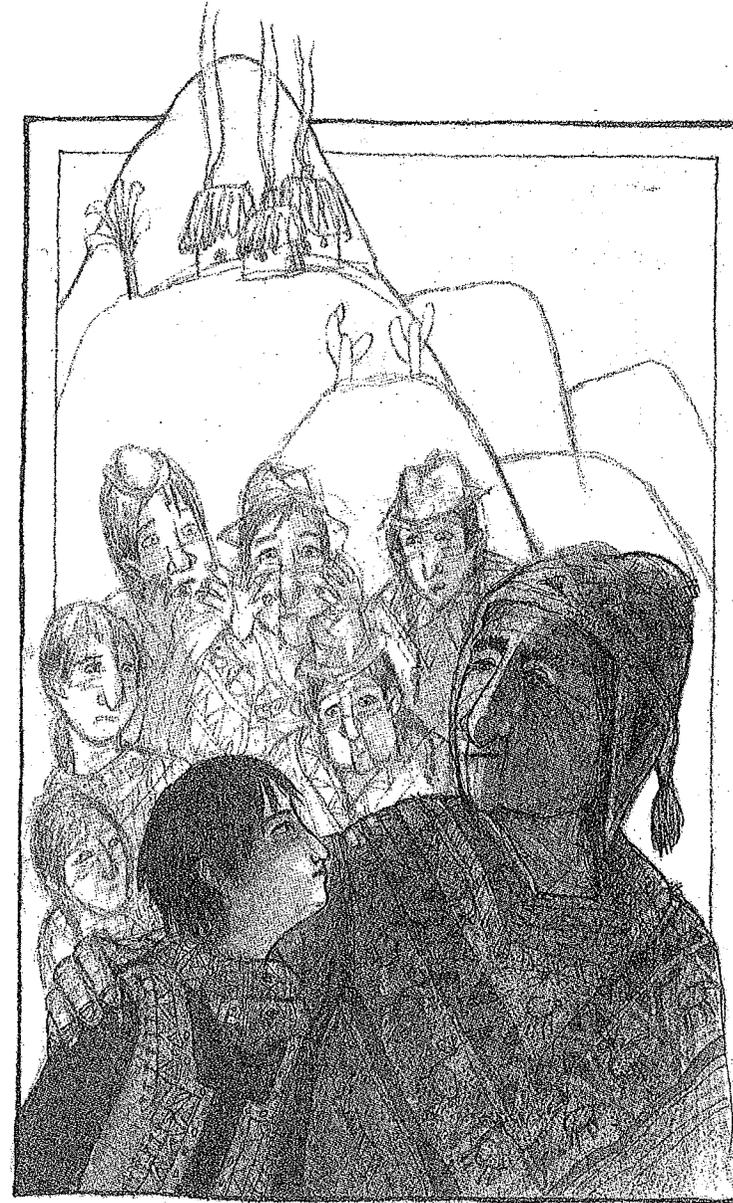
Y se marchó tras Chipana, que en ese momento entraba en casa de don Máximo.

CON el amanecer llegó la calma al valle, y cuando el sol cubría los pastos con su temperatura y el ganado cubría los pastos con sus lanas y cuellos largos, aparecieron otra vez los compradores de llamas. Estacionaron sus vehículos en la calle principal y se dispusieron a llamar a las puertas de los vecinos Berna, Aya-

viri, Salvatierra y Chipana para negociar. Los vecinos del valle guardaron silencio, con la actitud dura del hierro y del acero, con el carácter fiero. Los comerciantes quisieron comprar, y los vecinos del lugar no vendieron.

—Si Cornelio no tiene ganas de vender, ninguno de nosotros vende —dijeron los vecinos Berna, Ayaviri y Salvatierra.

Hasta que Cornelio recupere el ánimo, hasta que el hijo de Cornelio recobre el habla, hasta que la vida en el valle se torne cotidiana. Nadie quiso hablar de dinero. Los compradores tuvieron que regresar a la ciudad con sus *jeeps* y sus camionetas vacíos, porque ningún vecino en el valle les vendió ni uno solo de sus animalitos.



—Si Chipana pierde el habla, todos sus amigos la perderemos —dijeron los niños Berna, Ayaviri y Salvatierra, negándose a decir una palabra.

De este modo, un gran silencio se apoderó del valle. Sólo el viento ululaba por las quebradas; sólo el batir de alas del cóndor hablaba en las laderas; sólo las piedras tartamudeaban al caer del monte a las aguas del Turbio y del Claro. Sólo ellos. Pero tales pláticas no bastaban para las casas; menos bastaban para la escuela; menos bastaban para la iglesia. El señor Rivera no quiso enseñar a niños que no podían responder, ni decir, ni reír, ni equivocarse, ni acertar nada. Los padres Berna, Ayaviri y Salvatierra tampoco querían hijos que no pudieran gritar, ni chillar, ni maldecir, ni bendecir, ni

cuchichear, ni bromear en la mesa. El sacerdote Bernardino ¿para qué necesitaba niños que no podían cantar, ni orar en alta voz, ni pedir perdón en el confesionario?

Don Máximo se había metido en la cama y dormía casi como un recién nacido. No se había ocupado de cubrir el telescopio con un paño negro. La luz del día se introdujo en el tubo vacío de estrellas y se convirtió en un chorro cálido y luminoso que cayó sobre la silenciosa cabeza del niño Chipana. Entonces, el niño de luz escuchó el rumor del silencio en el valle.

Y los pensamientos de Chipana cobraron voz: «¿Es posible que mi silencio tenga al valle mudo como una piedra?».

Chipana abandonó la casa de don

Máximo y se dirigió a los corrales de su padre; iba a reunirse con el ganado. Todos sus amigos lo acompañaron hasta los corrales; también lo siguieron los vecinos, los Berna, los Ayaviri, los Salvatierra; también iban sus padres, Cornelio y Natividad; también iban el señor Rivera y el padre Bernardino. Y ocurrió lo que todo el valle esperaba: en el centro de sus llamas, con el sol a plomo sobre los lomos plateados, Chipana rompió el silencio, echó fuera el habla, emitió algo parecido a un murmullo de asombro:

—Si lo deseamos, si nos ponemos de acuerdo, si nos aconsejamos y dejamos aconsejar por los que saben más, es posible que nunca más perdamos nuestros animales.

A partir de entonces, los habitantes

del valle rompieron el silencio y discutieron, y se aconsejaron y se dejaron aconsejar. Los niños Berna, Ayaviri y Salvatierra corrieron junto a Chipana y lo abrazaron y le hablaron y le hicieron reír, y gritaron y chillaron tanto que el cóndor en lo alto tuvo que detener su vuelo, y el viento guardó silencio en lo alto y en lo bajo.

Cornelio abrazó a su hijo.

—Niño, te has hecho hombre antes de tiempo.

Pero Chipana seguía siendo niño. Natividad lo arrulló en sus brazos de madre, y el chico brincó como cualquier niño que brinca. Y Chipana regresó a la escuela, a los juegos con sus amigos. Sin miedo. Cornelio se preocupó mucho de sus animalitos, y su mujer se dedicó a tejer kilos y kilos de

lana con el pelaje que los vecinos del valle sacaron de los lomos plateados de las llamas que regresaron de las estrellas.

Don Máximo sigue mirando al cielo; el señor Rivera sigue estudiando sus notas y los nuevos libros que recibe del Ministerio de Educación Pública, pues espera encontrar en ellos el descubrimiento de don Máximo, la constelación de la Llama. Por su parte, el padre Bernardino sigue diciendo en su sermón dominical que la fe es capaz de mover montañas.

